



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 24.

PRECIOS DE SUSCRICION.				
	Met.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	4 peso.	14 pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
Madrid, 30 de Agosto de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.
Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

EMIGRACIONES DEL FAISAN.

(Véase la lámina de la página presente.)

La historia de las emigraciones voluntarias ó forzosas del faisán no se ha escrito nunca, que nosotros sepamos

al ménos. Hoy que los eruditos andan á caza de rarezas y especialidades, harian bien en escoger un asunto tan interesante para un naturalista arqueólogo, como es el de seguir la pista del faisán, al ménos desde la época indicada por los cantores de la antigüedad, entre los

que sobresale Marcial, el célebre epigramático español. El escritor que se dedicase á recorrer el vasto campo que ofrece el tema propuesto, podria contarnos la manera de cómo fueron trasportados los faisanes desde las márgenes del rio famoso de la Cólchida hasta Grecia,



EMIGRACIONES DEL FAISAN.

tierra del clasicismo, y de qué modo se esparcieron y aclimataron despues por todo el orbe.

De la Cólchida, de la Mingrelia y de otras comarcas lindantes con el mar Caspio fueron al Oeste á través de Grecia, llegando desde las orillas del Báltico, en peregrinacion continúa, al cabo de Buena Esperanza y á la isla de Madagascar. Por la parte del Este extendiéronse á los sitios más remotos de China, del Japon y de Tartaria.

Son conocidas estas aves en la costa occidental de África, y al arribar á Europa fundaron colonias en España, Italia, las islas del golfo napolitano, Silesia, Bohemia, Francia y el reino Británico. En América han sido importadas y aclimatadas con muy buen éxito, conviniéndoles asimismo la temperatura de Australia. En todas partes, en fin, bajo la influencia de los climas más variados y en diversas latitudes, exceptuando naturalmente las regiones inmediatas á los polos, pueden los faisanes fijar su domicilio, siendo tambien en todas partes rebuscados y tenidos en gran estima, ya como objeto de lujo, ya como artículo de alimentacion.

Los romanos, aquellos verdaderos príncipes de la glotonería, eran partidarios acérrimos de la carne de faisán, nutriendo con ella á las bestias feroces destinadas á los horrores del Circo. Los autores latinos han dejado hecha una realista y magnífica descripción de la manera con que el tremendo y voluptuoso Heliogábalo sacrificaba faisanes para hacerles *buena boca* á sus leones favoritos.

Pero mucho ántes de esta época gozaba ya de mucha celebridad el ave del Faso, como lo prueba la anécdota siguiente:

Sentado en su trono el rey de Lidia, y adornado con toda la pompa y esplendorosa magnificencia del lujo oriental, preguntó á Solon si había visto en su vida algo más hermoso ni resplandeciente.

El filósofo griego, sin deslumbrarse por el fausto que brillaba en torno suyo, respondió de seguida al monarca:

—Cuando se ha visto una vez el plumaje espléndido del faisán, no hay ornamentacion ni espectáculo que pueda sorprendernos.

El faisán comun es casi tan conocido como la volatería ordinaria de las granjas ó casas de labor. Los museos de Historia Natural y los jardines de aclimatacion nos han hecho familiares la mayor parte de las otras especies, especialmente la dorada y la plateada.

La caza del faisán comun ha tomado en Europa un incremento, tanto más considerable, cuanto que apenas se practicaba á principios del siglo actual. Hoy no hay gran propietario y cazador á la par que no se complazca en tener faisanera con su parque, cuidando por su propia mano á estas preciosas aves, como se ve en la lámina que acompaña al presente artículo.

Sin entrar en más pormenores acerca de este volátil, sobre cuyas costumbres hablamos extensamente en el número 19 de LA ILUSTRACION VENATORIA del año 1878, y en los números 3 y 11 del corriente año, procuremos, sin embargo, descubrir la época aproximada en que penetró en la Europa occidental este *rey del espacio*, como le llaman algunos autores. Ya se sabe que el faisán procede de las riberas del rio Faso, en Cólchida, comarca asiática que se extiende á lo largo de la orilla oriental de Ponto Euxino. Segun una tradicion, que será probablemente fabulosa, Jason fué quien llevó el primer faisán á Grecia al volver de la famosa expedicion de los argonautas. Aristófanes, que vivió cuatrocientos años ántes de la era cristiana, habla con entusiasmo de los faisanes en una comedia, poniendo en boca de un personajes de ella, á quien se hace cierta proposicion, las siguientes palabras:

—No, y mil veces no, aunque me ofrecierais por ello todos los faisanes que Léogoras cria.

Este Léogoras era un ateniense epicúreo, un taimado de primera clase.

Aristóteles en sus obras alude al faisán con frecuencia, y si Varron, que escribía en tiempos de la república romana, no dice una sola palabra, Marcial y Plinio se ocupan en cambio mucho de él, llamándole el primero *Phasianus colchorum* en uno de sus epigramas.

Plinio es el primer romano que menciona estas aves, lamentándose de que el lujo desenfrenado de sus compa-

triotas los arrastrase hasta buscar pájaros tan caros en las márgenes del Faso. Es decir, que entonces no los había en Roma. Existían, sí, en la época de Alejandro Severo, pero debían ser muy raros, cuando Lampridio, al relatar la vida de este Emperador, afirma que en la mesa imperial no se veían más que uno ó dos faisanes, y aun eso en las grandes solemnidades.

Los latinos le llamaban *phasianus*; los italianos modernos, *fasianno*; *fasan* los alemanes, y *pheasant* los ingleses. Estos pretenden que el ave fué introducida en Inglaterra por las tropas de Guillermo el Conquistador, pero no debió ser así, puesto que en Francia no se conocía siquiera treinta años despues. En tiempo de Ricardo II se le consideraba como un manjar propio solamente de los reyes, y al ser consagrado Jorge Neville arzobispo de York, se presentaron doscientos faisanes en el banquete, suceso que asombró á Europa, como muestra de inusitado lujo.

En Francia conquistó el faisán los favores señoriales desde el siglo XIII, y si por unos cuantos años se le puso en olvido, hoy goza de los honores que reclama su ilustre abolengo, por lo cual se felicita el mundo gastronómico, pues segun ha dicho un célebre autor en este género, el faisán es digno de figurar en las mesas más augustas.

P. C.

¡APERTURA DE LA CAZA!

(Véase la lámina de la página 189.)

Ya toca á rebato en nuestra alma la campana de la alegría, porque pasado mañana nos lanzamos al monte con la escopeta en la mano.

Ni el marino que pisa tierra despues de larga navegacion y pavoroso naufragio; ni el soldado que tras de ruda campaña divisa la aldea en que nació, y donde le aguarda el amor, la tranquilidad y la dicha; ni el caminante, en fin, que encuentra posada, lumbre y seres humanos despues de habérselo hallado perdido, desamparado y solo, luchando con la oscuridad, con la ventisca ó con la tormenta, pueden experimentar una sensacion y un gozo comparable con el que siente el cazador al ver salir la aurora del día de la apertura de la caza.

Día grande entre los grandes, día memorable que no se presenta de improviso á sorprendernos con un placer inesperado, sino que tiene ademas para nosotros una larga alborada, que consiste en los bulliciosos preparativos que hacemos para entrar en la tierra prometida por el deseo á nuestros ensueños venatorios.

Una semana ántes de ponernos en marcha salen á relucir las armas y pertrechos, sacudiendo el polvo y la pereza de un reposo de seis meses, convertidos en seis siglos por la inaccion del cuerpo y la impaciencia del ánimo. La habitacion del cazador parece la tienda de un campamento militar en la víspera de una batalla. No hay mueble que esté en su sitio, ni silla libre de algun objeto colocado allí en pintoresco desorden. Se da aceite y se examinan hasta los rincones más recónditos de las escopetas; los zurrónes y los morrales hacen democrática compañía al sólido zapato ó á la anteada bota de campana; los perros, latiendo de alborozo, se meten por todas partes jugando con las hebillas sueltas de las polainas; los estuches se abren como se dilata el corazón al primer asomo de la esperanza, y ruedan los cartuchos, y le da el aire á los menesteres de mesa, mientras se alza la tapa del arcon del equipaje, y despide por aquella boca los cinturones, la cartuchera, la manta y los trajes de caza, que van á extenderse y á perder los pliegues y las arrugas al contacto de la plancha, ó en presencia del sol que no han contemplado en tanto tiempo. Las cartas, las citas y las entrevistas se cruzan como las balas en un fuego granado de guerrilla; se organizan grupos de cazadores, se ponen éstos de acuerdo sobre el punto y hora de salida; los semblantes de todos están pálidos de emocion, y los ojos chispean de alborozo; no cesan las consultas y las órdenes; quién habla del tren ó de la tartana; quién del omnibus ó del tranvía, segun el sitio á que se dirija; quién se preocupa, como gastrónomo, de la comida; quién del sistema del ojeo ó del aguardo; quién, por último, acaricia á los perros para ponerse bien con ellos y cer-

ciorarse de que el olfato canino no ha perdido nada de su poderosa eficacia.

¡Cuadro animadísimo y especial que no puede describirse con exactitud, por muchas veces que se presencie; prólogo accidentado de la declaracion de una guerra que á nadie vestirá de luto; víspera solemne de una campaña de estruendosa alegría, en que no se disputan estados, navegaciones, dominios, ni derechos; en la que se ganan lauros que valen lo que cualesquiera otros, y en la que honramos á los vencidos dándoles sepultura en nuestro propio cuerpo!

¿Quién habla de las tristezas y melancolías del otoño? Algun poeta melenudo, de esos que lloran la caída de las hojas, como si les arrancasen pedazos del corazón; algun romántico sin ropa de abrigo, á quien se le abren las carnes al sentir el aire fresco que le trae en sus alas un mensaje del próximo invierno: para el cazador el mes de Setiembre es el que derriba la muralla con que la ley pone coto á sus pasiones, el primero de ese período en que se entrega á su noble y varonil afición, y las hojas secas que se desprenden de los árboles, lejos de entristecerle, le sirven de mullido descanso en las últimas noches calorosas del verano, mientras la luna y las estrellas decoran los cortinajes azules de su improvisado lecho.

La víspera de la partida no se duerme, porque el sueño es incompatible con la plenitud de la ambicion satisfecha, con la realidad de una ilusion tanto tiempo y con tanto amor acariciada. La cama fatiga, porque la quietud no se hermana jamás con el caminar del espíritu, y nuestro espíritu camina anticipadamente al teatro de las hazañas y de los lances que nos ha fingido el martirio de la abstinencia.

¡Suenan al fin la hora señalada!

Ya silba la locomotora, ó ya se oye el rodar del carruaje que nos lleva por la campiña; los perros gruñen de ansiedad; el día es hermoso, y las brisas de la mañana refrescan nuestra ardorosa frente; hémos ya en el pórtico rústico del monte.

Los cazadores, como se ve en el centro del alegórico grabado que publicamos con este artículo, desembocan como un torrente que vive y que respira á través de la arboleda, de prados y de colinas. Los perros corren desalados y van á la descubierta enardecidos con el ambiente que aromatizan las plantas silvestres, y con las emanaciones de los animales que huyen en tropel al oír sus furiosos ladridos.

Ántes de darles muerte, saludemos, como ese cazador lo hace, á nuestras víctimas futuras, que no por ser sangrientas nuestras intenciones, hemos de faltar á los deberes de la cortesía para con esos faisanes que ostentan enorgullecidos los preciosos cambiantes de su plumaje, con esas liebres y esos conejos que *vuelan*, como decía el célebre fabulista; con esas codornices que huyen despavoridas á esconderse en los rastrojos, y con esas perdices que van á refugiarse al monte.

¡San Eustaquio, y á ellos! camaradas de glorias y fatigas; no demos paz á la mano ni reposo al cuerpo sin que caigan á nuestros tiros centenares de piezas, siquiera para no defraudar las esperanzas de esa robusta cocinera, que limpia la cacerola donde ha de dorarse la carne succulenta, que pasará limpia y partida á trozos ese émulo de Watel y de Brillat Savarin, que, cuchillo en mano, construye una pirámide de setas, nabos, zanahorias, limones y tomillo, para subirse á la cúspide y contemplar desde ella la matanza que se prepara.

Crucemos el llano ó subamos á la altura: en todos los parajes nos espera caza abundante, y mucho más el año presente, en que nos hemos empezado á acostumar á la Veda, y en que podemos recoger fruto más abundante de la observancia de la ley, que tanto hemos preconizado y defendido.

Cacemos en paz y en buena concordia, sin peligroso apresuramiento ni ambicion desmedida, para no dar lugar á reyertas rencorosas, como la de esos dos que se disputan un conejo provocando una especie de juicio de Salomón, que será, como aquél, muy sabio, pero que no puede dejar satisfecha á ninguna de las partes. Más vale ceder en la duda, y el Santo Patrono recompensará con otras piezas la generosidad de quien dé muestra de mayor cortesía y de más flexibilidad de carácter.

Entreguémonos en cuerpo y alma al ejercicio que fortifica al primero y temple á la segunda para los casos y cosas grandes de la vida; dejemos siempre á un lado las malas artes y las asechanzas, impropias de la nobleza de todo buen cazador, y en buena y franca lid persigamos á los animales destinados al sustento del hombre, grabando en la memoria los hechos y los episodios que ocurran, para referirnoslos al amor de la lumbre en el próximo invierno, ó para darlos á la publicidad por medio de la estampa en las columnas de LA ILUSTRACION VENATORIA, cuyo Director y redactores saludan llenos de júbilo á sus compañeros, marcando este día con piedra blanca, como hacían los antiguos romanos para conmemorar los sucesos faustos de la vida.

T. C.

PESCA DE LA MURENA.

(Véase la lámina de la página 192.)

La murena, en gallego *morca*, es un pescado que pertenece á la familia de los anguilliformes. En la antigüedad, los autores que se han ocupado de la murena la han confundido con la anguila; los modernos naturalistas, despues de haberla estudiado con mayor detencion, la separan de aquélla por caracteres propios y determinados, á pesar de la aparente conformidad que presentan ambos pescados.

En efecto, los principales caracteres de la murena son: primero, no tener aletas pectorales; segundo, las branquias únicamente indicadas por un agujero á cada lado, y tercero, por sus opérculos tan delgados y ocultos de tal modo en la piel, que se ha negado por muchos su existencia. Su estómago es corto y en forma de saco, y la vejiga, pequeña, oval, está colocada en lo alto del abdomen.

La especie más conocida es la murena comun, cuyo cuerpo tiene algunas veces más de un metro de largo, y está jaspeado de manchas negras y amarillas; su piel es viscosa como la de las anguilas. La boca de este pescado está armada de dientes acerados.

La murena abunda en el Mediterráneo; podria llamarse con mucha razon pescado de alta mar; pero por lo regular se encuentra en las cercanías de las costas, en las lagunas de agua salada y en los estanques y depósitos de agua dulce.

En el agua camina á saltos y por movimientos tortuosos como los de las serpientes, con las que tiene una gran analogía. Mientras dura la estacion del frio se mantiene escondida en las hendiduras de las rocas, lo que hace que sea muy difícil su pesca sino en determinadas épocas. Es astuta, muy voraz y carnívora.

Segun dicen algunos autores que han escrito de este pescado, es el mayor enemigo que tiene el pulpo, el que reusa el combatir con ella todo lo que puede, y cuando no puede evitarlo de ningun modo, procura con sus largos brazos envolver á la murena, pero ésta se desliza y escapa de ellos, siendo el pulpo, por último, su víctima. Añaden que queda vengado por la langosta, que destruye á su vez á la murena.

Los pescadores temen mucho á estos pescados, cuya mordedura, segun ellos, es peligrosa; no la tocan mientras está viva, dice Rondelet, sino con tenazas, hasta que cortan su cabeza, ó por lo ménos, rompen sus mandíbulas con un palo. Cuando muere á una persona, lo más seguro para evitar la propagacion del mal es aislar la parte lastimada.

La murena es uno de los pescados más astutos para huir de todos los engaños; cogida con anzuelo, corta el sedal con sus dientes afilados; pescada con red, como se ve en nuestro grabado, trata de romper las mallas por fuertes que sean y de pasar al traves de los agujeros.

No se coge este pescado, dice V. de Bomare, sino á las orillas pedregosas de las rocas marinas, en las que se hace un foso en que se echa un poco de sangre. En el momento se ven que sacan la cabeza las murenas entre las rocas.

En aquel instante se le presenta el anzuelo cebado con carne de cangrejo ó langosta de mar, sobre el que se arrojan con ansia para llevarlo á su agujero; entónces es pre-

ciso tener la destreza suficiente para tirar con rapidez del anzuelo, porque si se deja tiempo, se agarra á él con la cola: primero se dejaria arrancar las mandíbulas que soltar el cebo. Esta accion demuestra que su fuerza reside en el extremo de su cola.

Aunque la murena esté fuera del agua, cuesta no poco trabajo el matarla, á ménos que no se le corte la punta de la cola, y mucho mejor aún, á ménos que no se concluya con ella á golpes redoblados sobre la espina dorsal, á fin de que no pueda escaparse. Prueba evidente y clara de que la vida animal se extiende hasta el extremo de la médula espinal en la murena.

Con respecto al pretendido veneno de este pescado, se sabe hace mucho tiempo á qué atenerse en esta cuestion. Quelhoent ha visto muchos marineros mordidos por murenas, que no han experimentado ninguna clase de molestia.

Es raro que la murena, pescado esencialmente de mar, y que nunca se encuentra en los rios, pueda vivir y engordar en agua dulce. Y sin embargo, prospera en estanques y viveros, con tal que tengan ciertos sitios sombríos en el que pueda sustraerse á los grandes calores del estío, particularmente de día.

Es sabido que los antiguos habian conseguido domesticarla hasta cierto punto. La hacian venir hasta las orillas de los estanques silbando, y se cuenta que Craso habia amansado una murena en tales términos, que venía á su lado como un perro cuando la llamaba, vistiéndolo por ella cuando se murió. El célebre orador Hortensio, en un caso semejante se contentó con derramar lágrimas, lo que no es poco.

Estas debilidades humanas son más perdonables que la fria crueldad de Vedio Polion. Este personaje, tan célebre en Roma por su glotonería como por su amistad con Augusto, creía que las murenas tenian un sabor más delicado cuando se las alimentaba con carne humana, y hacía arrojar á las piscinas en donde las criaba á sus esclavos que eran acusados hasta de las faltas más pequeñas.

La murena se conservaba en cantidades considerables en los viveros contruidos á todo coste á orillas del mar. César, en uno de sus triunfos, hizo distribuir seis mil á sus amigos.

Aunque muy caída de su antigua reputacion, la murena tiene una carne delicada, y es aún uno de los pescados más buscados en las costas de Italia, en donde se seca para conservarlo.

Entre las numerosas especies que encierra este género se encuentran la murena unicolor, cubierta de pequeñas líneas ó puntitos oscuros, muy espesos, que hacen su piel de un pardo uniforme; la murena de círculos ó cebrada, que no tiene aletas aparentes; la murena saga, vulgarmente llamada hechicera, notable por la prolongacion de sus mandíbulas puntiagudas y por su cola agudísima, y la murena moringue, que habita en el mar de las Antillas.

V. C.

CACERÍA DRAMÁTICA

EN TIERRA DE ANTROPÓFAGOS.

Haber cazado, y entretenerse despues en referir y comentar los episodios de la caza misma, sobrecargando el relato y echando alguna que otra mentirilla, eso le sucede á cualquiera, y no hay para qué extrañarse de ello; pero haber sido considerado como pieza de caza y preguntarse á sí propio con espanto la clase de salsa que eligirian para guisarle, hé aquí una emocion rara, profunda y desagradable, que experimentó el año pasado la tripulacion de un barco ballenero que bordeaba las costas salvajes de la Melanesia, ese país donde no ha penetrado todavía la luz de la civilizacion, ni echado raíces la palabra divina del Evangelio.

Narremos ahora los hechos segun la version autorizada que ha llegado hasta nosotros.

A mediados del mes de Julio, ó sea cuando está en su apogeo el invierno del hemisferio austral, y esperando que las brisas de Setiembre le permitieran hacer rumbo hácia el cabo de Hornos, con objeto de continuar la pesca, entretenia sus ocios el ballenero *Jonás* navegando en las

aguas de la Oceanía, frente á la tierra llamada de los Papús.

El *Jonás*, sólido como todo buen barco ballenero, era, sin embargo, un poco pesado; así es que sólo filaba diez ó doce nudos con viento huracanado. Cuando soplabo el ordinario dormia lo mismo que un gusano de seda. Un accidente imprevisto hizo que estallaran várias barricas, lo cual disminuyó en un tercio la provision de agua que habia para la tripulacion.

Fué preciso recalar en un puerto con el fin de reparar las pipas y hacer repuesto de agua dulce.

En el buque no habia aparato destilador, refinamiento poco conocido en la marina mercante, y no se podia ni pensar siquiera en racionar á los hombres, porque estaban á cuatro grados bajo la Línea; el puente del barco quemaba los piés como si las planchas de madera fuesen ascuas encendidas, y el aire respirable se parecia á esas sofocantes bocanadas que salen de la compuerta de un horno.

Junto al palo mayor habia colocado la tripulacion una jarra llena de agua mezclada con vinagre. Los marineros pescadores la rodearon de una estera de junco, y el maestro carpintero aisló el recipiente, haciendo al efecto una especie de banquillo perforado, donde entraba el fondo de la vasija. Gracias á estas precauciones, podia la gente del *Jonás* beber de vez en cuando un vaso de agua tibia para refrescarse la boca.

La tierra más cercana era el pequeño archipiélago formado por las islas de Salomon.

—No quiero anclar ahí, dijo el Capitan. Los indígenas, seres los más feroces de la Melanesia, son ladrones, borrachos, asesinos, embusteros y antropófagos para remate de fiesta, y podrian jugarnos una mala pasada.

—Es que somos á bordo treinta hombres, replicó el Segundo del ballenero.

—No importa: que se monten bien los pedreros y se preparen las armas y las municiones á todo evento. Que todo el mundo esté alerta; gobernaremos un poco al Noroeste, porque las corrientes nos han echado hácia el Sud, y sea lo que Dios quiera.

Dos dias despues el *Jonás* daba vista á las costas de la Isla Isabela.

Rodeada, como lo está, de peligrosos arrecifes, fueron necesarias muchas horas para reconocer los pases y encontrar la embocadura de algun rio, hasta que al fin se echó el ancla á tres cables de la orilla. Decidióse esperar á las seis de la mañana siguiente, hora en que una lancha iria á tierra con el fin de hacer la aguada.

Todo marchó bien durante los primeros dias: el carpintero y el calafate instalaron en el puente sus respectivos talleres. Los indígenas iban al barco en sus piraguas, y se les recibia, aunque con ciertas precauciones. Entre el palo mayor y el mesana se estableció una barrera, que no les era permitido traspasar. Si llevaban cocos, aves del país, vivas por supuesto, y jabalíes de los que allí tanto abundan, se les tomaban á cambio de fruslerías, como botellas de vidrio ó frascos de *cachasse* (ron del Brasil); pero no se les admitia carnes muertas, ni alimentos preparados de antemano, porque eran capaces de envenenar á la tripulacion con el piadoso fin de apoderarse luégo del buque.

Una vez compuestas las pipas, se trató de llenarlas, como era natural. Los recelos del Capitan fueron poco á poco disipándose, y llevado de su pasion por la caza, no quiso abandonar la isla sin haber disparado unos cuantos tiros.

Interrogó al efecto á los jefes más caracterizados de los indígenas pidiéndoles un guía, decidiendo al cabo que saltaria á tierra con el Segundo y dos bravos marineros, conocidos á bordo por los sobrenombres de *Arpon* y *Cachalote*.

Apénas terminada la cacería, el *Jonás* debia darse inmediatamente á la vela.

Bajaron los cazadores á tierra provisto cada uno de una escopeta de dos cañones, un par de pistolas y un enorme cuchillo de monte.

Esperábalos el gufa en la playa, dándoles á entender como pudo que en el interior de la isla encontrarian un número considerable de jabalíes, verdadera plaga para el país, porque destruian toda la siembra, sin que los salva-

jes tuviesen costumbre de cogerlos más que con groseros lazos que ya sabían burlar los idómitos animales.

Una querella insignificante al parecer surgió de pronto entre *Cachalote* y el guía. Este, aproximándose al marinero, le señaló con el dedo la cantimplora que aquél llevaba colgada al cuello, significándole que quería beber ron. El marinero le hizo señas de que estaba vacía, como era verdad; pero el salvaje, fingiendo que no había comprendido, amenazó con los puños cerrados á *Cachalote* quien, sin poderse contener, le echó al suelo de una tremenda bofetada, dándole además un golpe en la frente con el pie derecho. Los clavos de la suela quedaron marcados sobre el rostro del guía.

Los demás cazadores nada supieron de tal incidente. Al ver el chichón y la equimosis que aquel hombre tenía en la frente, le preguntaron la causa. Dijo que se había caído, y nadie volvió á cuidarse del asunto, acerca del cual guardó el marinero por su parte el más profundo silencio.

Al cabo de dos horas de batida, habían caído cuatro magníficos jabatos. Cada cazador cargó con el suyo, cuando el Capitán mató otro que le arrancó de unos matorrales.

Iba á decir al guía que cargara con él, pero no le vió por ninguna parte, porque el salvaje había desaparecido.

Arpon, que era un Hércules, se echó áuestas la res, y entonces el otro marinero, sospechando alguna emboscada, contó lo ocurrido por la mañana. Los expedicionarios, ya prevenidos, prepararon sus armas, y con todo género de precauciones se dirigieron á la playa para embarcarse cuanto antes. Nuestros cazadores no llevaban más guía que la brújula de bolsillo, que el Capitán consultaba á cada instante.

Los marineros iban á vanguardia como exploradores.

Después de atravesar un bosque espesísimo, deteniéndose al oír un ruido cualquiera ó notar el movimiento de una rama, llegaron á la orilla de un río, suponiendo con razón que el mar no debía estar ya muy lejos; pero eran las dos de la tarde, y la lancha no iría á buscarlos hasta las cinco.

En la parte más elevada de una colina, desde la que se dominaba el mar, vieron las ruinas de un *morai*, monumento funerario del país, seis árboles corpulentos y algunas piedras enormes colocadas á manera de cerca. Aunque la subida era áspera y difícil, los cazadores emprendieron la ascensión á la plataforma, pensando que aquel sitio era muy á propósito para esperar y defenderse de cualquier ataque. Además, y en este último caso, debían oírse perfectamente los disparos por la tripulación del ballenero.

A la media hora de parapetarse en el improvisado reducto, apareció el guía seguido de quinientos ó seiscientos negros indígenas de la isla de Salomón, y mestizos de la raza negra y de la raza malaya.

Quince ó veinte á lo más iban armados con fusiles ingleses viejos y enmohecidos; otros llevaban bayonetas atadas en la punta de unos palos, y otros, largas picas que remataban en un afilado hueso de pescado ó en tibias humanas. Hachas, hondas y arcos completaban el armamento de la tropa. Ciento de aquellos salvajes no tenían más que piedras, y eran justamente los más temibles, porque aquellos guijarros chatos y cortados en forma de media luna, tenían filo como navajas de afeitar. Los habitantes de Melanesia los arrojan con la mano, convirtiéndolos en proyectiles más terribles á veces que las mismas balas.

Cachalote, por orden del Capitán, apuntó al guía así que éste se puso á regular distancia. El salvaje, al salir el tiro, cayó al suelo para no volver á levantarse nunca, con el cráneo atravesado de un balazo.

Aquella detonación denunció á los antropófagos la presencia de los europeos, y con igual ligereza que si hubieran sido una legión de gatos se dispusieron á dar el asalto á las grandes piedras volcánicas que servían á los cazadores de baluarte.

Iban delante de los sitiadores los que tenían fusiles, pero dispararon sin apuntar, y las balas fueron á donde Dios quiso, dejando al reducto debajo de su trayectoria.

Los sitiados no contestaron á la descarga, lo cual admiró mucho á los salvajes, que se agitaban formando grupos consultándose entre sí. Oíase su confuso clamoreo, al que

únicamente respondía el ruido de la resaca. El Océano se enfurecía cada vez más, estrellándose las olas cubiertas de espuma en los peñascos arrecifados de la ribera.

Terminada la deliberación de los salvajes, y creyendo sin duda muertos á sus enemigos, avanzaron algunos pasos para cerciorarse de ello, haciendo una descarga general, con el mismo éxito que la primera.

Arpon y *Cachalote* no se estuvieron quietos esta vez, y dos hombres rodaron por la pendiente de la colina, retorciéndose en los horrores de la agonía.

Un grito espantoso fué la oración fúnebre para aquellos desgraciados. En seguida la tropa se puso en marcha resueltamente, con el jefe principal á la cabeza, decidida á apoderarse de una vez del reducto. Cayó muerto el jefe á los pocos pasos que diera, pero no se detuvieron ya los demás, embriagados como estaban por la sed de sangre y el olor de la pólvora. Las piedras y las flechas llovían sobre los europeos, imposibilitados de moverse para no servir de blanco á los tiros de sus contrarios. Habían podido, sin embargo, introducir los cañones de sus escopetas por los intersticios de las piedras, y á cada disparo tenían un enemigo de menos; pero la audacia de éstos se enardecía con el peligro, y la situación empeoraba por momentos para los sitiados.

Y el viento soplaba entre tanto con furia, y la mar batía los arrecifes con impetuosa violencia.

Veíase á lo lejos el *Jonás* bailando como una cáscara de nuez en la cresta de las embravecidas olas. Los cazadores por lo pronto no podían esperar socorro de la parte del agua, y en cuanto á la de tierra, vieron que la tribu entera de los melaneses se arrojaba á dar el asalto, con el empuje de un torrente contenido que al fin se desborda.

El Capitán, el Segundo y los marineros hicieron fuego á la vez, y como ya el combate era casi cuerpo á cuerpo, echaron mano á las pistolas. Diez ó doce salvajes estaban fuera de combate, cuando se operó un pequeño movimiento de retirada, que aprovecharon los marineros para tomar aliento y cargar de nuevo las armas.

Arpon, que era un Alcides, como ya hemos dicho, reunió diez ó doce piedras enormes, apilándolas en forma de muralla.

—¿Qué vas á hacer ahí? le preguntó el jefe.

—Nada, mi Capitán, respondió el valiente, pero tengo un pensamiento, y no hablaré de él hasta después que lo realice.

El viento empezó á amainar, y la tormenta disminuía. La gente del barco, que merced á los anteojos y al estampido de las detonaciones se había puesto al corriente de la situación de sus camaradas, pudo al fin, no sin grandes esfuerzos, echar al mar una lancha con quince hombres armados hasta los dientes, y con municiones bastantes para sostener un largo combate.

Entre tanto, los indígenas por su parte habían resuelto atacar el reducto por dos puntos diversos, cortando la retirada á los cercados. Salieron al efecto de entre los árboles que les servían de refugio; pero al llegar los más animosos á campo descubierto, caían á los certeros disparos de los cazadores, hasta que por último se lanzó al asalto toda la horda, sin hacer caso ninguno de los proyectiles. Los cadáveres, en vez de arredrarla, no servían más que para subir más pronto á la cima del *morai*.

La refriega entonces se convirtió en una verdadera carnicería. *Arpon* aplastó con sus piedras al grupo más compacto de los que daban el asalto, pero el Capitán y *Cachalote* estaban heridos aunque ligeramente, y no hubiera podido prolongarse un minuto más la resistencia.

Los salvajes aullaban de alegría, pensando sin duda en el festín de carne humana con que iban á regalarse, cuando llegó la tripulación del *Jonás*, rompiendo un fuego horroroso á retaguardia de los indígenas, que ni siquiera se habían apercibido del desembarque. Pusieron al punto en precipitada fuga, dejando libre en dos minutos el campo de batalla.

Los marineros los persiguieron aún á la bayoneta.

En aquel momento eran las cinco de la tarde.

Hacia tres horas que los cazadores se estaban preguntando si habían de ser fritos en sartén ó asados á la parrilla.

Al regresar á bordo con las reses, cuya exquisita carne por poco les cuesta la vida, tuvieron aún que sufrir el último ataque de los antropófagos, que viéndolos alejarse

á fuerza de remo, los saludaron con una lluvia de piedras y de flechas; pero la distancia era grande y todas cayeron en el agua, muy lejos de las bordas de la lancha.

El *Jonás* aparejó de seguida y se hizo á la vela, dando un adiós definitivo á aquellas tierras inhospitalarias, donde los cazadores corren á su vez el inminente peligro de ser cazados.

P.

EL CORZO.

El corzo pertenece á la familia cervina y al orden de los rumiantes. Se le halla en todos los bosques de Europa hasta los 54° latitud N. En Asia se extiende entre el Oural y el Lena.

Es el más bello habitante de nuestros bosques, y el representante menor de la familia cervina. Sus dimensiones son, desde las agujas á las pezuñas de las manos 0^m,75 á lo más, y su longitud, desde el morro hasta el ano, de 1^m,12. Ama su libertad hasta el extremo de sucumbir generalmente al considerarse cautivo, y los pocos que sobreviven crecen en condiciones raquílicas, incluso los que viven en parques reducidos.

El corzo muda en las mismas condiciones que el venado, y el pelo es del mismo color. Sólo en determinadas comarcas y en corto espacio de tiempo se ven corzos de otro pelo.

La cabeza del corzo está en perfecta proporción con el resto del cuerpo.

Los ojos son grandes, la pupila azul, las orejas tienen una longitud de 0^m,14.

El cuello es lo suficientemente largo para poder alcanzar el pasto más menudo.

Las patas son sumamente delgadas, pero de gran fuerza muscular, mayor que la necesaria para sostener su cuerpo.

El corzo carece del rabo que tienen el venado y el gamo, así como de los profundos lagrimales del primero.

En la parte posterior del cuerpo se forma una gran mancha blanca, como en el gamo, llamada *mandil* ó *espejo*.

La vida del corzo se dilata hasta catorce ó diez y seis años.

El pelo, como antes hemos dicho, es rojizo en verano y ceniciento en invierno, como en el venado; pero en algunas comarcas se presenta rojizo gris en invierno y rojo de Saturno en estío.

Buffon pretende haber visto corzos de pelo castaño oscuro, con el *mandil* amarillento. En Alemania se han encontrado enteramente negros, incluso el *mandil*. Los cuernos de éstos eran de color amarillo. Otros se han observado de color aplomado, según afirma Hr. von Willungen.

La cabeza del macho está adornada con unas cuernas que en general no tienen más que tres puntas cada una; no obstante, se ven algunos ejemplares de más de seis *candiles*.

Al terminar el cuarto mes de vida del corcillo, aparece en el frontal del mismo un desarrollo óseo. Cuatro semanas más tarde se muestran en él dos prominencias que se desenvuelven formando las *rosetas*; éstas continúan creciendo hasta quedar formadas las *estaquillas*, de 8 á 9 centímetros de longitud.

Hacia fin de Febrero ó principios de Marzo del siguiente año, cuando la cuerna está dura, el corzo la *monda* frotándola contra los arbolillos, á los que causa daños de consideración.

El corzo *estaquero* *desmoga* las cuernas en Noviembre ó Diciembre, según la localidad. A los tres meses está provisto de otras nuevas.

En el segundo año el *desmogue* se anticipa en unos días, y por fin, cuando el corzo es adulto, desmoga en Octubre ó primeros de Noviembre.

Las *rosetas* están bastante separadas del frontal en los corzos jóvenes, y á medida que se hacen más viejos, éstas son mayores, y más en el centro de la cabeza, y las *perlas* son más espesas y mayores.

La corza no tiene cuernas; pero han existido algunos, pocos, ejemplares que han hecho excepción de esta regla.

La diferencia de tamaño en ambos sexos es muy pequeña, casi inapreciable: por esto debe mirarse á los



¡APERTURA DE LA CAZA!

corzos á la cabeza cuando estén armados, á fin de distinguir el sexo; pero si hubiesen *desmogado*, debe el cazador fijarse en el vientre, pues el corzo tiene un pincel al extremo de la verga como el venado y el gamo.

El celo del corzo ha sido objeto de grandes debates, y dudo que haya habido problema que se haya prestado más á la controversia, sobre si la época de él era temprana (Julio y Agosto) ó tardía (Noviembre y Diciembre). La opinion general, tanto de los naturalistas como de los monteros, se inclinaba ántes por el *celo tardío*, y al *temprano* le denominaban *falso celo*.

Investigaciones científicas modernas han fijado con profusion de datos que la verdadera época del celo en el corzo es por los meses de Julio y Agosto, quedando vencedores los partidarios del *celo temprano*. Al Dr. Luis Ziegler, de Hanover, se debe este resultado.

El *falso celo ó temprano* se observa sólo en las corcillas que por determinadas circunstancias se adelantan en su desarrollo y sienten instintos amorosos, por lo cual citan al corzo para que calme su deseo.

La preñez de la corza dura cuarenta semanas, al cabo de las cuales pare dos corcillos, raras veces tres.

Es madre muy amorosa y solícita por el bienestar de sus hijos, por cuya vida sacrifica la suya, si advierte gran peligro. Si es perseguida con sus crías, se separa de ellas y trata de atraerse los perros por librar á sus hijuclos. Otras veces los evita por medio de la astucia.

La corza amamanta á sus hijos hasta el mes de Agosto.

El corzo come toda clase de pastos y hojas, y varía de residencia como el venado, cuando varían las condiciones de su alimentacion.

La carne del corzo es la más sabrosa y fina de las reses.

El corzo se caza en *aguardos á rececho*, en *ojeo*; y á la *chilla*, imitando el chillo de la hembra en tiempo del falso celo, para citar al macho, se mata éste con gran seguridad.

El reclamo se hace cogiendo una hoja verde entre los pulgares, imitando á la hembra, ó con reclamos ó bocinas. No se debe chillar fuerte, porque entónces el sonido sale duro y el corzo desconfía y se *repara*.

Tambien en Julio y Agosto se chilla al corzo, y entre diez y once de la mañana se presenta el macho más vehemente, porque está echado á esta hora y no persigue á la corza.

Para la *chilla* se elige un sitio en que haya corzos y pueda el cazador estar oculto. No debe dar más que tres ó cuatro golpes de bocina y esperar un rato, pasado el cual puede repetir en la misma forma. El cazador procurará estar preparado á tirar en cuanto el corzo se presente, porque el menor ruido le espanta, y ya puede renunciar á tirarle si ha huido, pues no responde al reclamo.

Si el corzo se *repara* fuera de tiro, no se debe chillar. Él procurará acercarse ó seguirá otra direccion. En este caso bastan dos golpes del reclamo para tenerle encima.

Si se presentan dos corzos al reclamo, el más fuerte trata de arrojar al contrario del sitio en que se verifica la chilla; éste no se aparta mucho, y durante la persecucion, es fácil que se acerquen al cazador y se pongan á tiro; pero si ántes se separan y atisban, bastan dos golpes de reclamo para que uno ú otro acudan á él.

AYLLON.

LIMPIEZA DE LAS ARMAS.

Uno de los cuidados más importantes cuando se posee cualquier clase de armas, y sobre todo cuando éstas reúnen condiciones de solidez y precision, es tenerlas siempre en buen estado de limpieza. Basta al inteligente echar una rápida ojeada á la escopeta que ve en manos del cazador para darle á conocer una parte esencial de las cualidades cinegéticas del camarada que le ha deparado la fortuna. Á buen seguro que se deje deslumbrar por las artísticas labores de la culata, por la elegancia de los cincelados, ni por las primorosas incrustaciones del cañon ó de las llaves. Lo primero que mirará es si el arma está ó no bien cuidada. La madera puede haber perdido el barniz á causa del mucho uso, y los cañones quizás estén deslustrados y sin lucimiento; eso importa poco, con tal

de que se vean bien limpios, sin manchas de óxido ni señales de negligencia.

El juicio que se forma de una dama cuyo magnífico traje de seda y abrigo de terciopelo estén cubiertos de polvo y llenos de manchas de aceite ó de grasa, será poco favorable por cierto, y las suposiciones malévolas tendrán un fundamento ostensible, mientras que siempre se pensará bien de una mujer, no sólo modesta, sino hasta pobre, si se presenta limpia y bien dispuesta á los ojos de los demas. Lo mismo sucede con respecto al cazador y á los utensilios de caza, principalmente la escopeta.

No quiere esto decir, ni mucho ménos, que seamos opuestos á la elegancia, ya del traje, ya de las armas, ó bien del equipo; pero la opinion general de los verdaderos cazadores no es favorable á la persona cuya escopeta resplandece de labores y de dorados como un arma del Gran Mogol, porque la experiencia ha demostrado que esta desconfianza instintiva tiene por base algunos perdigones recibidos contra la voluntad de la víctima, pues á nadie gusta, y con razon, desempeñar el papel reservado á los conejos y á las perdices. Además, el cazador novel, el imprudente ó el irreflexivo, se revelan ordinariamente por los brillantes accesorios de sus armas y de sus atavíos. Esta regla tiene sus excepciones, pero son pocas á la verdad.

Otra razon hay, aunque más secundaria, contra los partidarios de las escopetas de lujo, y es la de que, á ménos de no tener, como en las Indias, un criado afecto á cada pormenor del servicio, se pasan las dos terceras partes de la vida en cuidar y limpiar toda esa multitud de piezas y de adornos, que no son más que nidos donde se esconde el polvo.

Si alguno de nuestros lectores se ve en el caso de escoger arma, debe siempre preferir la más sencilla, cuidándola con esmero, bien seguro que mientras más sencilla sea y más limpia esté, mejores resultados ha de darle en los momentos críticos de hacer uso de ella.

Cuidar un arma es la tarea más fácil del mundo, si se hace con método y el material que se emplea no es ni complicado ni costoso. Consiste en una baqueta de madera, ó una cuerda fuerte con una esponja en el centro para limpiar los cañones interiormente, un destornillador, una caja de lata para la grasa, algunos trapos que no suelten pelusa, un retazo cuadrado de paño para frotar con comodidad, y un poco de esmeril pulverizado y pasado por tamiz.

No es conveniente servirse de aceite sólo para untar las armas, porque encima de los cañones se seca de seguida, sobre el hierro se pega como si fuese pasta, y tiene unas adherencias que exigen el empleo del agua hirviendo, si han de desaparecer. El polvo forma con ellas una materia extraña ó masilla que embaraza el movimiento de la báscula y de los gatillos. El aceite no sirve más que para el interior, y aun eso unas cuantas gotas del clarificado que usan los relojeros. Si á pesar de eso no marcha bien el mecanismo de la escopeta, se enviará al momento á casa del armero, quien á primera vista y con más inteligencia descubrirá el secreto de la descompostura.

Muchas recetas se han inventado para limpiar bien las armas; pero despues de infinitos ensayos y probaturas se ha vuelto al sistema primitivo, que es el mejor, y consiste en derretir manteca de carnero mezclada con aceite de oliva, en proporcion de dos partes de éste por una de aquélla. Cuando está bien derretida se cuele en un trapo fino, y se deja enfriar en una caja de lata ó en un puchero pequeño.

El cazador debe limpiar por sí mismo su escopeta, sin fiar nunca la operacion á manos extrañas ó personas poco celosas que pueden incurrir en algun descuido lamentable.

Hemos dicho baquetas de madera, porque son, en efecto, las únicas con cuyo uso no se raya el interior de los cañones. Una simple vara de membrillo con un trapo atado á la punta es aún preferible á esas baquetas que venden los armeros guarnecidas en la extremidad por una pieza de cobre. Si la escopeta no está muy sucia, no hay necesidad de sacar el cañon de la caja, sino introducir en él un trapo húmedo, poniendo la boca frente á la luz.

Luégo el paño humedecido se cambia por otro bien seco, frotando con él hasta que no quede huella de polvo.

Si ha llovido, ó el tiempo es húmedo, se ha de secar bien el arma exteriormente con un trapo seco ántes de pasarle el paño con la grasa, inspeccionando las junturas con minuciosidad para que no se oxiden y sea preciso luégo echar mano del esmeril.

Cuando las gotas de lluvia han manchado los cañones, se han de frotar bien con un trapo húmedo primero y con otro seco despues, terminando la operacion con el paño untado de grasa.

Tales son las precauciones y cuidados que han de adoptarse con las escopetas, que se colocarán en un sitio seco y lo más resguardado del polvo que sea posible, porque el polvo, como el óxido, son los enemigos mortales de las armas todas, y en particular de las de fuego.

F. C.

EL ERIZO.

Cuando Dios crió al erizo,
Lo crió de mala gana;
Por eso el animalito
Tiene tan fina la lana.

La segunda parte de la copla que acabamos de citar ha cogido de medio á medio al infeliz sér viviente que todo el mundo persigue con increíble encarnizamiento, al desgraciado animalejo que no se mete en vidas ajenas, ni causa daño á nadie; al inofensivo erizo, que paga muy caro lo desagradable y repulsivo de su forma, como si él tuviera la culpa de haber nacido con esas púas y de no poseer hojas y fragancia como la rosa para neutralizar el efecto de las espinas.

Retirado en el hueco que proyecta la corteza de un árbol, metido bajo un monton de piedras, ú oculto sencillamente á la sombra de las hojas de helecho, este animal, condenado á perpétua gemonía, sólo se aleja de su vivienda para cazar los gusanos, las larvas y las escarabeas que destruyen las raíces de los árboles, y aun así y todo no se permite estas calaveradas sino cuando la luz de la luna alumbra la tierra con sus pálidos resplandores.

El erizo no ataca nunca á ningún animal, aunque sea más débil que él, á pesar de que, á causa de lo endeble de su constitucion, adora y se complace en fortificarse con la carne cruda.

¿Por qué hemos de criticarlo? Su pasion se parece á la que tienen los napolitanos por los macarrones, los alemanes por la salchicha y los marseleses por las cabezas de ajos.

El que de nosotros esté limpio de pecado, que arroje la primera piedra, como dijo el Divino Redentor, y no condenemos sin apelacion las faltas de los demas, cuando para las nuestras necesitamos grandes dosis de indulgencia.

No hay razon alguna justificante de la profunda antipatía que inspira el erizo, al que se maltrata como si fuese el sér dañino de la peor especie.

—¿Por qué quieres matar á ese erizo? preguntamos un dia á cierto rapazuelo que trataba de aplastar al pobre animal con una piedra que apenas le cabia en las manos.

—¿Yo qué sé! contestó el chico de mal talante.

—¿Pero te ha hecho algun daño?

—A mí, ninguno.

—Pues entónces, ¿por qué no lo dejas en paz?

—Porque todos los muchachos del pueblo matan los erizos que encuentran, y yo hago lo mismo que ellos.

Hé aquí desarrollada la fuerza irresistible del ejemplo. Se mata al erizo porque se le ve dar muerte; pero en cuanto á las razones que expliquen esta caza permanente, no hay que buscarlas, porque no existen.

Una tarde, hace ya muchos años, diabléabamos por el campo en compañía de otra buena pieza de nuestra estofa, cuando la casualidad hizo que encontráramos una pareja de erizos, que tomaban el fresco despues de comer, rodeados de los hijuclos que constituian su inocente familia.

Al contemplar aquella escena, germinó en nuestro cerebro una idea diabólica, y ahogando un grito de infame alegría, tomamos las medidas necesarias para sitiar en regla á las desgraciadas víctimas de tan estúpida barbarie.

Sirvan estos calificativos de justa expiacion á nuestro delito.

El erizo, sea por pereza, ó tal vez por su poca agilidad, no huye delante de su enemigo: lo que hace es enroscarse como una pelota, presentando las armas ofensivas y defensivas que posee, ó sean los pinchos agudos de que se halla cubierto su cuerpo, y espera tranquilo los sucesos, diciendo quizás para sus adentros:

—Ahora ya puede acercarse el valiente que se atreva.

Y pocos son los que se atreven en verdad á ponerse en contacto con aquella desagradable epidérmis.

La zorra es el único animal que se apodera del erizo sin desgarrarse mucho la piel, y para conseguirlo desplega un arsenal de astucias, de marchas y contramarchas, que no desaprobaba el más hábil estratégico.

En una fresca mañana del mes de Setiembre, y permitiéndonos esta digresion, nos hallábamos al aguardo en el centro de una cañada, cuando se produjo un ligerísimo ruido frente al puesto que ocupábamos silenciosamente. Era un erizo escarbando la tierra con el hocico. De repente las ramas y las hojas secas crujieron un poco más allá, apareciendo en la escena una magnífica zorra, que con ojo escrutador registraba recelosamente los alrededores.

Su primera mirada fué para el erizo, presa que ya creia segura, acercándose con extremada cautela; pero el animal en cuanto oyó ruido se hizo una bola, y quedóse con la inmovilidad de la piedra.

La zorra le olió por todos lados, sin aproximar mucho el hocico á las aceradas puntas que le amenazaban, hasta que al fin se decidió á moverlo con la mano derecha. Un gemido de dolor salió de su garganta, y animada sin duda del espíritu de venganza, tomó al fin resolucion tan extraña como decisiva. Volvióse al erizo, y levantando una de las patas traseras, roció al animal poniéndolo hecho una miseria.

El erizo nada perfectamente, y sin embargo, no gusta del agua, cualquiera que sea su procedencia. Así es que, sorprendido con aquella lluvia inesperada, que nada tenía de fragante, se desenroscó al punto, circunstancia que aprovechó la zorra para merendárselo en dos minutos.

Volvamos ahora á nuestra aventura.

Dijimos que nos preparábamos á sitiar en regla á los erizos, que al vernos se pusieron todos juntos como un monton de pelotas, pero sin avanzar ni retroceder una línea.

No era nuestro ánimo arrostrar los pinchazos de aquellas púas; así es que la primera providencia fué la de arrojar una lluvia de piedras sobre los animales, que permanecian inmóviles como el dios Término.

Irritados con aquella calma aparente, resolvimos echar los erizos al agua, decidiéndonos luego por quemarlos.

Un campesino que pasaba por allí se detuvo un instante á contemplarnos.

—Eso que estáis haciendo es una crueldad, nos dijo; el erizo es un animal útil, y Dios prohíbe que se haga daño á los seres inofensivos.

—Los pollos, las gallinas y los patos, respondimos nosotros con descaro, son tambien inofensivos, y se matan para venderlos en el mercado.

—Es que esos, repuso el labriego, están destinados á servir de alimento al hombre, y matándolos no se obra mal, al paso que el erizo tiene una mision que cumplir. En vez de matarlo, lleváoslo á una huerta ó á un jardín cualquiera, y en seguida desaparecerán los pulgones que destruyen las plantas.

Oímos aquel sermon como quien oye llover, y sin más ni más le pegamos fuego al zarzal que servía de refugio á la familia. Pero detras del zarzal habia un campo de cáñamo seco, que ardió como yesca, y luego una gran choza que quedó reducida á cenizas, dejando sin casa y sin abrigo á un pobre rancho de pegujaleros.

Los perjuicios, hartos considerables, los pagaron nuestras familias á toca teja; pero las espaldas nuestras fueron las que saldaron los intereses, llevando una tremenda paliza de esas cuyo recuerdo no sale jamas de las costillas.

Desde entonces aprendimos á respetar á los animales útiles é inofensivos, y sobre todo á los erizos, semejantes en el campo á los párias, esa casta proscrita y maldecida en las comarcas idólatras y fanáticas de la India.

Hoy, entre los muchos animales de caza menor y de cetrería con que nos inspiramos en la Redaccion de LA ILUSTRACION VENATORIA los que escribimos para este periódico, contamos con un erizo cogido en una de nuestras últimas expediciones al monte, que presta en la casa servicios muy análogos á los que en el campo presta á la agricultura.

J. M. C.

EL CALZADO.

Es muy fácil de hacer la mejor composicion que debe usarse para untar el calzado, y se compone de sebo en rama, aceite y cera amarilla.

El sebo se corta á pedazos del tamaño de una nuez y se pone al fuego en una cazolilla, procurando que haya poca lumbre para que se derrita, pero no cueza. Las fibras y demas sedimentos naturales se apartan con cuidado, espumando la grasa ligeramente, y cuando el sebo ha adquirido completa transparencia se añade una bola de cera, grande como una cabeza de ajos, y una copa de aceite de lino por cada libra de sebo en bruto. Muévase todo de manera que la mezcla se opere con perfeccion, pero cuidando siempre de que el líquido no hierva, vertiéndolo en un tarro despues de pasado por tamiz claro. El tarro se ha de tapar con un trozo de papel fuerte, depositándolo en sitio seco y ventilado.

Antes de apartar la composicion del fuego, conviene saber si está á punto, para lo cual se saca y pone en un plato una cucharada de las de café. Cuando la grasa está coagulada se toma un poco con las yemas de los dedos, y si se derrite sin dificultad y presenta el aspecto que tiene la pomada para el pelo, es señal entónces de que reúne las condiciones necesarias al objeto á que se le destina. Si, por el contrario, está clara, debe añadirsele cera y sebo en cantidad proporcionada.

Cuando va á untarse el calzado es preciso que la persona encargada de esta operacion comience por pasar la composicion con el dedo sobre todas las costuras, frotándolas con fuerza, como asimismo sobre el sitio en que la suela se une con el empeine. El cepillo no da los resultados apetecibles, y así es que sólo se emplea para frotar el cuero. Á fin de que los poros queden tapados perfectamente, se aproximará el calzado á un fuego flojo, refregándolo despues con la palma de la mano lo mismo que si se tratase de darle lustre.

Haciéndolo así de vez en cuando, puede el cazador estar en la seguridad de que tiene un calzado suave, flexible, y todo lo impermeable que puede desear.

Si á pesar de esto, y como consecuencia de un vicio de construccion, ó por mala calidad de la piel, forman arrugas las botas al rededor del tobillo ó en el contrafuerte del talon, hiriendo y lastimando el pié al cabo de algun tiempo de marcha, se liará este último con una tira de venda bien sujeta por los extremos, metiéndose la bota con precaucion para que no tenga movimiento el orillo y proteja bien la parte dolorida.

Segun la naturaleza del terreno pantanoso en que se caza, se necesita algunas veces atar la media bota por bajo de la rodilla, atravesando los tirantes con una correa provista de su hebilla correspondiente, sistema preferible á otros, porque se debe procurar siempre evitar el embarazo en el movimiento de los músculos y que se detenga la libre circulacion de la sangre.

Cazadores hay á quienes pudiéramos llamar empíricos impenitentes, que desprecian las botas altas, suponiendo que estorban para andar bien, y que una vez impregnadas de agua, no se despojan nunca de humedad; así es que van á los pantanos calzados con zapatos anchos y viejos, abiertos por el lado del empeine, y nunca comparables con un par de botas, por malas que éstas sean. Ir de caza á las lagunas con zapatos equivale á ir á tomar un baño de piés, bastante mal sano por cierto.

Las mejores botas se humedecen cuando se camina mucho tiempo por fosos, lagunas ó pantanos, cuyo nivel llega á mitad del muslo; la presion entónces es tan grande y tan continúa, que el líquido se introduce por los poros y por la hendidura más insignificante, inconveniente que ha tratado de remediarse sustituyendo la bota de cuero por la de caoutchouc. Sin embargo, este último

es tan endeble, que cualquiera rama espinosa la rompe, produciéndose una vía de agua, que nada tiene de agradable. Es tan flexible ademas, que la presion del agua lo pega con tal fuerza á la pierna, que embaraza el movimiento de la rótula y del jarrete, provocando en la piel, por ser tan mal conductor del calórico, un sudor muy copioso, sin que haya penetrado ni una gota de agua. Esta traspiracion continúa fatiga mucho, y si por casualidad cesa de repente, pueden resultar graves accidentes para la salud del cazador.

Hé aquí expuesto el pro y el contra del calzado que se usa para las tiradas en lagunas y tierras pantanosas, donde se deben llevar siempre calcetines de repuesto, á fin de prevenirse contra las eventualidades que puedan ocurrir.

T. C.

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

ANGUILA CON ALCAPARRAS.

Se clava la anguila en la pared con un clavo grueso, despues se envuelve en una servilleta y se le hacen algunos cortes con un cuchillo alrededor de la cabeza; se frotan con sal las palmas de las manos, y se aprieta la anguila. Por este medio se le sacará toda la piel, sin que la carne se estropee ni eche á perder.

Limpia ya la anguila se vacía y se forma con ella un círculo, sujetando la cola á la cabeza con una aguja de lardear.

Se pasa por un recipiente en que haya manteca fresca derretida, se sala y echan especias, y se asa á las parrillas. Despues se pone en una cacerola ancha, para que quepa la anguila en la forma citada anteriormente, un poco de manteca buena, ajo picado segun el gusto de cada uno, una cucharada de harina y un puñado de perejil picado, media taza de caldo, y si no hay caldo, media taza de vinagre, se añaden alcaparras, algunas hojas de laurel, clavos de especia, y cuando la salsa esté bien espesa, se pone el pescado.

Se hace que cueza media hora aún, se mueve de vez en cuando la cacerola para evitar que se pegue la anguila. Se la coloca con cuidado en un plato hondo; se quita la aguja de lardear; se aclara la salsa si está muy espesa; se la hace cocer aún un poco para que la mezcla de los componentes sea completa, y se echa en el centro del plato en el hueco del círculo que forma la anguila.

HIGADO DE VENADO RELLENO.

Primeramente, despues de quitarle todas las membranas, se debe lavar y secar bien, y en seguida mecharlo con grandes pedazos de tocino.

El relleno se compone del siguiente modo: 50 ó 60 gramos de pan tierno mojado en leche tibia; cuatro grandes cebollas muy machacadas y que se sofien en manteca sin que tomen color; se mezcla el pan mojado en leche y las cebollas con un pedazo de higado picado muy delgado y dos huevos, y se añaden, por último, pimienta, sal y demas especias en buenas proporciones.

En un redajo de puerco, que de antemano se habrá tenido en agua tibia, redajo que será preciso extender en un plato, se pone la mitad del relleno, encima el higado, recubriéndolo despues con la otra mitad de reserva, y se envuelve bien todo en el redajo y ata sólidamente con un hilo muy fuerte.

Se coloca el higado en una olla de hierro colado, untada con manteca y cuyo fondo debe estar cubierto con una lonja de tocino, algunas cebollas cortadas en rodajas, una hoja de laurel y pedazos de limon, y despues se recubre con otra porcion de los mismos ingredientes, y á más sal, pimienta y nuez moscada, añadiéndole, por último, un buen vaso de vino blanco.

Se procura que cueza cuatro horas á lo ménos entre dos fuegos lentos.

Así que se haya pasado una hora de la coccion del higado, se pone una cucharada de harina y se deja hervir lentamente un cuarto de hora en una taza de caldo caliente, que deberá unir la salsa, y pasada al traves de un tamiz, se echa sobre el higado.

Si se quiere adornar el plato convenientemente, se puede hacerlo con aceitunas deshuesadas, ó con pajaritos de las especias más pequeñas, segun el gusto de cada uno, pues tanto unas como otros harán siempre un buen acompañamiento al higado de venado relleno.

Puede sustituirse este plato con higado de vaca, y el resultado será el mismo.

CARPAS EN SALSA BLANCA.

Cuando están escamadas y vaciadas se cortan en pedazos, y bien secos con un paño limpio se ponen en una cacerola con ocho ó diez cebollas, perejil, algunos clavos de especia, un pedazo de jengibre y una botella de vino blanco, y se dejan hervir un cuarto de hora.

Despues se sacan los pedazos y se colocan en un plato, que se guarnece con cebollas. Se pasa la salsa por un tamiz y se vuelve á poner en el fuego con 150 gramos de buena manteca fresca, anteriormente revuelta con harina de la mejor. Se hace que se espese la salsa, y cuando se va á echar sobre el pescado, se añaden dos yemas de huevos batidos en tres cucharadas de leche, se menea bien para que no se pegue, y se sirven calientes.

GACETILLA.

APERTURA DE LA CAZA EN LAS PROVINCIAS DEL NORTE.

—Mañana se levanta la Veda, y pasado mañana, 1.º de Setiembre, se abre el período de caza en las provincias de Alava, Avila, Burgos, Coruña, Guipúzcoa, Huesca, Leon, Logroño, Lugo, Madrid, Navarra, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Soria, Valladolid, Vizcaya y Zamora.

Hoy nos toca ya á nosotros regocijarnos de que dentro de pocas horas hemos de salir al campo á gozar los placeres tan deseados hace seis meses, por lo mismo que hemos guardado estrictamente la Veda.

BALAS PARTIDAS.—Leemos lo siguiente en el *Boletín* de la Asociacion de aficionados á la caza de Cataluña:

«Hemos tenido ocasion de ver y ensayar el nuevo sistema de balas introducido por el conocido armero D. Domingo Portusach, consistente en un proyectil cilíndrico, que se adapta perfectamente á las cápsulas de calibre 16, y construidas de tal manera, que al salir del cañon se dividen en cuatro trozos iguales, que, siguiendo la direccion propuesta por el tirador, vienen á sustituir con ventaja el empleo hasta ahora usado de postas ó balines esféricos. Creemos que el uso de las nuevas balas del Sr. Portusach está destinado á generalizarse entre nuestros cazadores, por ofrecer grandes ventajas para la caza mayor ó para la defensa personal. Tambien tiene el propio Sr. Portusach otras balas cilíndricas, rayadas, que ofrecen grandes ventajas para el tiro fijo ó al blanco.»

REVISTA VENATORIA.—Nuestro apreciable colega de Huesca la *Revista Venatoria* ha empezado ya á publicarse dos veces al mes, los dias 5 y 20, en vez de una como se anunció al principio.

NUEVA PRUEBA DE PALOMAS VIAJERAS.—En estos momentos se están haciendo en Alemania algunas pruebas para saber con certeza la utilidad de las palomas viajeras en tiempo de guerra, pues es dudoso que éstas vuelvan á su palomar despues de un largo cautiverio.

El 3 de Agosto las palomas de la Sociedad de Aix-la-Chapelle, que estaban encerradas hacía cinco semanas, fueron puestas en libertad en Metz.

Si la prueba, como se espera, tiene un éxito satisfactorio, se volverá á efectuar con palomas que hayan estado encerradas mucho más tiempo.

LOS CABALLOS DE DONGOLA.—Los nubios que últimamente han llegado al Jardin Zoológico de Aclimatacion de París han traído consigo animales de todas clases, que sin la menor duda excitarán la atencion de todos por su gran interes.

Entre éstos llama particularmente la atencion una yegua de la raza de las montañas de Abisinia, y tres caballos padres y una yegua de Dongola.

Bruce es uno de los primeros viajeros que han hablado de los caballos de Dongola como una raza especial. Parece, segun el estudio que se ha hecho de ellos, que su origen no es africano, sino árabe, y que fueron importados en el momento de la conquista musulmana; es decir, que se les hace remontar á los caballos que el Profeta y sus compañeros, Aboubekr, Omar, Atman y Alí, montaban cuando se instituyó la hegira.

El caballo de Dongola es alto y mide unas 16 *mains* (medida inglesa), pero tiene el cuerpo corto y recogido, de modo que no es tan largo de formas como el caballo árabe ó de pura sangre.

El cuello es largo y delgado, el cuarto delantero prominente y redondo, pero el pecho es un poco estrecho, y los costados casi planos.

Son excelentes caballos para la guerra, por su fuerza y resistencia. Se encuentra esta raza en los desiertos de Alfaia, de Gerrha y de Dongola; en este último sitio se hallan los más grandes. Su cola y las crines son abundantes, y su piel es generalmente de color bayo, negro ó blanco, por lo regular negro, pero nunca gris ó tordo.

En Etiopía se acostumbra pagar éstos caballos de 50 á 150 libras esterlinas, y en 1816 se vendió uno en el Cairo en 21.000 francos.

El coronel Hamilton Smith ha descrito en su obra un caballo negro de Dongola que trasportó á su dueño al traves de todo el desierto, desde el Nilo hasta Túnez.

EL DOMADOR NEGRO DELMÓNICO.—Este domador, que por tanto tiempo ha hecho estremecer á todos los corazones del antiguo mundo, ha llegado á Filadelfia con sus leones y leonas.

Pero bien sea que los americanos estén cansados de esta clase de espectáculos, ó bien que el color del domador no sea del agrado de las americanas, ó por alguna otra causa, el caso es que éste no ha tenido el éxito que esperaba en dicha ciudad. Como los gastos que ocasiona su empresa son considerables, era preciso salir de la situacion en que se encontraba por todos los medios posibles.

Una persona cualquiera se hubiera encontrado perpleja en su situacion; pero el empresario Delmónico, como buen anglo-americano, apénas si dudó algunos segundos para salir de aquel apurado trance.

Al ver que el domador no agradaba, puso en los carteles que en la representacion de la noche, Delmónico sería comido por sus fieras.

Aquella noche, á la hora del espectáculo, fijó en la puerta un aviso, diciendo que se aplazaba éste, á causa de que la gran jaula en que debia ser devorado no se había podido acabar.

Al siguiente dia había vendido 6.000 entradas y guardado en el bolsillo más de 40.000 pesetas. Llega la jaula al fin, con gran contento de todos, incluso el de las fieras, segun los espantosos rugidos que lanzaban.

De pronto, un grito inmenso, indescriptible, se escapa de todas las bocas; el domador ha sido arrojado en la jaula.

Algunos momentos despues apénas si quedaba rastro de él.

Mientras se celebraba este espectáculo, imponente por más de un concepto, Delmónico no podía tenerse de risa

detras de una columna.

El negro era un muñeco de cuero, relleno de salchichas.

Hubo espectadores que al verse burlados, pidieron que Delmónico fuese realmente arrojado á las fieras.



PESCA DE LA MURENA.

M. Hoskins dice que los negros son los más hermosos; tienen las piernas blancas, subiendo este color con frecuencia hasta los muslos, y muchas veces hasta el vientre.

En el país no se montan más que los caballos padres, con preferencia á los demas, y la raza es muy estimada.

ANUNCIOS.

GRAN BAZAR DE ARMAS y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Perez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposicion de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austriacas, francesas y belgas. Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, y su precio es un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 0",30 de largo. LA ILUSTRACION VENATORIA lo titula *Matalibos*, y lo describe en su número 3.º de este año. Su inventor ha sido premiado en la Exposicion Universal de París de 1878. Precio: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias franco de porte.

DE LA CAZA Y SU LEGISLACION.—Tratado de la caza, pesca y uso de armas, con las leyes vigentes, por D. Joaquin Badia, Doctor en Derecho Civil y Canónico, Presidente de la Asociacion de Aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un volumen en 8.º—Véndese á 10 reales en las principales librerías.

CAZA DE LA PERDIZ.—Consideraciones sobre la caza de la perdiz con reclamo, por D. Andrés Guerra, fundador y vice-presidente de la Asociacion de aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un folleto en 8.º—Véndese á 4 reales en las principales librerías.

ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.—Libioulle, Gujard y Compañía.—Avenida de la Opera, número 8, en París.—Únicos agentes de W. W. Greener, de Lóndres y Birmingham, y de Torchand y Wadsroorth de Worcester.

Escopetas chokebore de Greener para caza y tiro de palomas. Francos.

1	Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore, 1.ª clase, adamascado muy fino.	1.100
2	La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino.	1.000
3	Id. id., sin adamascado.	920
4	Id., 2.ª clase, adornos finos.	840
5	Id., 2.ª clase, sin ningun adorno.	820
6	Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema.	740
7	Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore modificado.	680
8	Id., id., id.	550
9	Escopeta chokebore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20.	420
10	Id., id., id.	340
11	Id., id., id.	300

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 á 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, á 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

La escopeta número 7 tira de 180 á 210 perdigones.

Id.	»	número 8	»	de 160 á 200	»
Id.	»	número 9	»	de 140 á 190	»
Id.	»	número 10	»	de 160 á 170	»
Id.	»	número 11	»	de 150 á 160	»
Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke.					1.200
Id.	id.	id.	2.ª clase.		750

Revólvers de Torchand y Wadsroorth de Worcester (E.-Unidos).

Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nikelado.	35					
Id.	id.	id.	id.	380	id.	40
Terror	id.	id.	id.	320	id.	35
Id.	id.	id.	id.	380	id.	40
Revólver de accion doble	id.	320	id.	55		
Id.	id.	id.	380	id.	60	

Escopetas de caza de 100 á 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precision de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enseres y accesorios de caza y de tiro.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.